

Lleva plumas y gualdrapa.

Este, en un caballo blanco,  
Cuya crin el oro enlaza,  
Ostenta un rico vestido  
De terciopelo escarlata:

El arnés de ojuelas de oro  
Y de rica seda blanca,  
Con brillantes bordaduras,  
Los afollados y faja.

Unidas las dos cuadrillas  
Hacia el regio balcón ambas,  
Al paso, la pista siguen  
De los jefes que las mandan;

Y el concurso en gran silencio  
Curioso la vista clava  
De los dos gallardos Condes  
En las brillantes adargas;

Pues logrando de discretos  
Y de enamorados fama,  
Interesa á todo el mundo  
Ver las empresas que sacan.

Es la de Orgaz una hoguera,  
De la que el vuelo levanta  
El fénix con este mote:  
*Me da vida quien me abrasa.*

Un letrero solamente  
Es la de Villamediana  
Que dice: *Son mis amores...*  
Y luego reales de plata

Puestos cual si fueran letras,  
Con que aquel renglón acaba.  
La empresa de Orgaz la entienden

Todos, y aciertan la llama  
Que le da vida y le quema.  
La del de Villamediana  
Despierta más confusiones,  
Aunque es en verdad bien clara.

Propensión funesta tiene  
El joven galán que alcanza  
Favores de una señora,  
A la par hermosa y alta,

De publicarlos al punto  
Y de sacarlos á plaza:  
Vanidad de enamorados  
Que en peligros no repara.

Muchos el sentido entienden  
Que las monedas declaran;  
Mas por miedo disimulan  
Y de explicarlo se guardan.

Otros, necios, se calientan  
Los cascos por descifrarla.  
*Son mis amores dinero,*  
Repiten; pero no cuadra

Con el carácter del Conde  
Esta explicación villana.  
*Mis amores efectivos*  
*Son*, dicen otros: ¡bobada!

Velasquillo el contrahecho,  
Enano y bufón que alcanza,  
No sin despertar envidia,  
Gran favor con el Monarca,

A disgusto de los Grandes  
En el balcón regio estaba,  
Malicias diciendo y chistes,

Con insolencia y con gracia.  
Y ó por faltarle su astucia  
Entonces, ó porque trata  
De vengarse del desprecio  
Con que la Reina le acaba;  
O porque ve de mal ojo  
Al noble Villamediana,  
O por gusto de hacer daño,  
Que es de tales bichos ansia,  
Dijo: «Ta, ta; ya comprendo  
Lo que dice aquella adarga:  
*Son mis amores reales;*»  
Y soltó la carcajada.  
Trémulo el Rey y amarillo,  
Y conteniendo la saña,  
«Pues yo se los haré cuartos;»  
Respondió al punto en voz baja.  
Lo oyó la Reina, y quedóse  
Inmóvil como una estatua,  
Pálida como la muerte,  
Hacha pedazos el alma.

Las cuadrillas empuñando,  
En vez de robustas lanzas,  
De cintas y oro vestidas  
Leves quebradizas cañas;  
Se embistieron... Imposible  
Es ya que encuentre palabras  
Con que describir la fiesta:  
Mi atención la Reina embarga.  
¡Pobre señora! Tampoco  
Merece versos y fama

Tal diversión, ya reflejo  
Débil, copia degradada  
De las justas, que ha dos siglos  
Los caballeros usaban  
Con gloria; que nunca gloria  
En donde hay peligro falta,  
Y en que las picas de guerra  
Dobles petos abollaban;  
No los juncos inocentes  
Sedas, brocados y holandas.

III

El sarao.

Mientras que la monarquía,  
Se desmorona, y el borde  
Toca de una sima horrenda,  
Duermen en pueriles goces,  
Entre placeres se aturden,  
Deleites solo conocen,  
Sin cuidarse del peligro,  
El Rey de España y sus nobles.  
Así una casa se quema,  
Así desdichas atroces  
Sobre una infeliz familia  
El ciego destino pone;  
Y en tanto el imbécil ríe,  
Duerme el embriagado joven,  
Y el niño con sus juguetes  
Es el más feliz del orbe.  
Si alegre fué todo el día

Con públicas diversiones,  
Con saraos y luminarias  
No lo fué menos la noche.

El pueblo las anchas calles  
En gozosas turbas corre,  
Para ver iluminadas  
Las casas de los Señores.

En las plazas principales  
Suenan músicas acordes,  
Y farsas se representan  
Del Rey celebrando el nombre.

Del palacio del Retiro  
Llenos están los salones,  
De todo el fausto y la gala  
Que son honra de la corte.

En los soberbios jardines  
Brillan vasos de colores,  
Que en el estanque reflejan  
Formando guirnaldas dobles.

Un gran fuego de artificio  
Las densas tinieblas rompe,  
Y rastros de luz envía  
A las celestes regiones:

De los rayos que le lanzan  
Los nublados tronadores,  
Dijérase que la tierra  
Se estaba vengando entonces.

Varias encendidas ruedas,  
Girando luego veloces  
En atmósfera de chispas,  
Parecen mágicos soles;

Mas pronto en huecos tronidos  
De humo blanco alzando un monte,  
Se disipa y desaparece  
Aquel gigantón enorme  
De luz, que ofuscó los astros,  
Y que deslumbró á la corte,  
Como trasunto ú emblema  
Del orgullo de los hombres.

En el salón de los reinos,  
Donde el trono de dos orbes  
De oro y terciopelo estriba  
En colosales leones,

El Rey está con las damas,  
La Reina con los señores,  
Y chocolate y conservas,  
Y helados pasan en orden,  
En marcelinas de oro  
Y en bandejas, cuyos bordes  
Lucientes piedras adornan  
En caprichosas labores.

En seguida se bailaron,  
Al compás de alegres sonos,  
Las folias y chaconas,  
Y aun zarabandas innobles.

De cada señora al lado  
Sitio un caballero escoge,  
Y en un cojín para hablarle  
La rodilla izquierda pone.

Allí en animados grupos  
Lo más rico y lo más noble  
De Madrid y España asiste

Y extranjeros de alto porte.  
Estaban pues... ¿de qué sirve  
Que el tiempo perdamos, nombres  
Ya olvidados repitiendo,  
Y que alcanzaron entonces  
Boga por riqueza y sangre,  
Mas que hoy ya nadie conoce?  
De conocidos hablemos,  
De amigos nuestros, de hombres  
Que aun los vemos y tratamos,  
Aunque ha dos siglos que esconde  
Sus cenizas el sepulcro,  
Sima que todo lo sorbe.

En un lado de la sala  
Estaba el famoso Lope,  
El fénix de los ingenios,  
Con el cabello y bigote  
Blancos como pura nieve;  
Y al través se reconoce  
De sus clericales ropas  
Que fué guerrero de joven.  
La insignia adorna su pecho  
De la hospitalaria orden,  
Y el fuego brilla en sus ojos  
Que hace á los mortales dioses.  
Con él habla un caballero,  
Cabeza gorda, deformes  
Los pies, de negro azabache  
Melena y barba, mas noble  
Aspecto: diciendo chistes  
Está, y resuenan conformes

Carcajadas y aun aplausos,  
En cuantos hablar le oyen.  
Es don Francisco Quevedo  
A quien un clérigo torpe  
Ya por la edad, ceceando  
Y con malicias responde.  
Ser el tal pronto se advierte  
Don Luis Góngora y Argote,  
Del nuevo estilo de moda  
Inventor, columna y norte.  
El padre Paravicino,  
Que de sabio alto renombre  
Goza, y á Madrid encanta  
Por sus peinados sermones,  
También es del corro; y luego  
En él ufano ingirióse,  
Aun tan niño que en sus labios  
Ni bozo se ve que asome,  
Don Esteban de Villegas,  
Español Anacreonte,  
En versos cortos divino,  
Insufrible en los mayores.  
En una pausa del baile,  
De Villamediana el Conde,  
Que ha danzado con la Reina,  
Alargó la mano á Lope,  
Y como ingenio de marca  
Entre los otros mostróse.  
Acaba de publicarse  
Su poema de *Faetonte*,  
En aquel tiempo un prodigio,  
Que hoy tiene apenas lectores;

Obra de perverso gusto  
Y de hinchados clausulones.

Góngora, que envanecido,  
Un adepto de alto nombre  
Ve en tan claro personaje,  
Sus encomios prodigóle.

Y todos lo celebraban,  
Aunque yo decir no ose  
Si sus versos aplaudían  
O su favor en la corte.

Don Francisco Manuel Melo,  
En quien se juntan los dotes,  
De historiador y poeta  
Con los bélicos blasones,

Allí está, aunque taciturno:  
Sin duda abriga temores  
De que el duque de Braganza  
Su osado intento no logre.

El gran don Diego Velázquez,  
De pinceles españoles  
Gloria, también conversaba  
Con tan famosos autores;

Pero lo que dicen ellos,  
Parece que apenas oye,  
Porque de Rubens los cuadros  
Con gran encanto recorre:

Y en aquel retrato ecuestre  
Del Emperador, en donde  
Apuró Ticiano el arte,  
Los ojos árabes pone.

También el Rey un momento  
Afable al corro acercóse,

Hablando de una comedia  
Que salió al público entonces,

Y cuyo autor se nombraba  
*Un ingenio de esta corte.*

A la cual, aunque por cierto  
Era un disparate enorme,

Todos dieron mil elogios  
Y de portento renombre,  
Pues que es obra del Rey mismo  
No hay en Madrid quien ignore.

Ya muy tarde entró en la sala,  
Saludos y adulaciones  
Recibiendo del concurso,  
Con aire altanero y noble

El Conde-Duque: se llegan  
Los grandes y Embajadores  
Para hablarle, el rey Felipe  
Con gran cariño le acoge;

Y con él, y con el Nuncio  
Y un milanés enredóse  
En importante coloquio,  
Que su atención regia absorbe.

La Reina, que en gallardía  
A todas se sobrepone,  
Y cuyos hermosos ojos,  
Brillantes como dos soles,

En Villamediana tuvo  
Clavados toda la noche;  
Viendo al Rey y al favorito  
Con aquellos dos señores  
Extranjeros en consulta,

Que ha de ser larga supone  
La conversación, notando  
Que hay vivas contestaciones.

Mas atenta al Conde mira,  
Le hace una seña, y veloce,  
Aunque con gran disimulo,  
De la sala retiróse,

De una danza numerosa  
Que empezó la gente joven  
A enredar, aprovechando  
La confusión y el desorden.

Conoció al punto la seña  
El favorecido conde,  
Que amantes favorecidos  
La más pequeña conocen.

Pero no son ellos solos:  
También ¡ay! de ellas se imponen  
Los celosos... El Monarca  
La seña fatal recoge.

A salir Villamediana,  
Siguiendo su amado norte,  
Iba por distinto lado  
Del salón, cuando turbóle

El ver al Rey furibundo,  
Que con miradas atroces,  
Ojos cual los de un fantasma,  
En él sin quitarlos pone.

Sobrecogido, de mármol,  
Ni á dar un paso atrevióse,  
Y trabó, disimulando,  
Un altercado con Lope.

IV

Final.

En aquella galería,  
Adornada de arabescos  
Y follajes primorosos,  
Con oro y esmaltes hechos,

Y cuya baranda rica  
Daba hacia el jardín pequeño,  
En que el caballo de bronce  
Estuvo por largo tiempo;

Sin más luz que la que esparce  
La luna en mitad del cielo,  
Esperando á alguien la Reina  
Está turbada y con miedo.

Del concurso, de la danza  
Y de la orquesta el estruendo,  
Que los salones ocupa,  
Oye resonar de lejos;

Y aunque sabe que notada  
Ha de ser su ausencia presto,  
Por dar al conde un aviso  
Atropella todo riesgo.

Siglos los instantes juzga  
Con mortal desasosiego,  
Y en el barandal dorado  
Palpitante apoya el pecho.

Mira al ecuestre coloso,  
Inmóvil, obscuro, enhiesto,  
Entre laureles y murtas,  
Y tiembla ¡infeliz! al verlo.

Alza á la pálida luna  
Los ojos de llanto llenos,  
Y se extravía su mente  
Por precipicios horrendos.

Sin rumor y de puntillas,  
Como fantasma ó espectro,  
En el corredor entróse,  
La parte obscura siguiendo,  
Un hombre embozado: llega  
Por detrás en gran silencio  
A la Reina, que, de espaldas  
Estando, no pudo verlo,

Y le tapa el noble rostro  
Con dos manos como hielo;  
Pero delicadas manos  
Que agita un temblor ligero.

¿Quién pudiera aproximarse  
A dama de tal respeto,  
Sino el amante dichoso  
Con tan inocente juego?

Así lo pensó ella misma,  
Pues aunque al primer momento  
De sorpresa lanzó un grito,  
Pronto sobre sí volviendo,

«Déjame, Conde, prorrumpe  
Con dulces, lánguidos ecos;  
No es esta ocasión de burlas,  
Pues es de infortunios tiempo.

»Déjame y escucha, Conde.»  
Libre la dejan en esto  
Las manos que la cegaban

Y se encuentra sola, ¡cielos!

Con su marido que arroja  
Por los ojos rabia y fuego.  
Queda la infeliz difunta;  
Mas tienen el privilegio

Las hembras del disimulo,  
Y en los críticos encuentros  
Mucha mayor agudeza  
Que el hombre de más ingenio.

Al oír que el Rey pregunta  
Con voz como voz de infierno,  
«¿Yo conde... yo?—En si tornando  
La Reina, responde presto:

«Sí, señor, de Barcelona...  
Y se complace mi pecho  
Con tal título, afirmado  
Con vuestro poder y esfuerzo,  
»Después que habéis reprimido  
La rebelión de aquel pueblo.»

Quedó pasmado el Monarca:  
«Discreta sois por extremo,  
»Repuso, y tras pausa leve,  
Mas ¿qué infortunios tenemos?»—

Ya alentada la señora,  
Pues siempre el paso primero  
Es el trabajoso, dijo:

«No faltan, señor, por cierto;  
Dígalos Flandes perdida,  
Y de Nápoles los reinos,

»Donde un ambicioso intenta  
Arrebatarnos el cetro;  
O Milán, donde la peste

Está tanto estrago haciendo;  
»Y Portugal vacilante,  
Do traidores encubiertos...»  
Aquí atajóla Filipo  
Con voz de lejano trueno:  
«Basta pues, basta, señora;  
Sois francesa, bien lo veo;  
Tenéis interés muy grande  
En mi honor y en el del reino.  
»Veréis que uno y otro al punto  
Para aquietaros sostengo,  
Y que lavaré con sangre  
La mancha que advierta en ellos.»  
Calló, y una atroz mirada,  
Con el rostro descompuesto,  
Que pareció más terrible  
De la luna á los reflejos,  
Clavó en la Reina, mirada  
Que destrozó aguda el seno  
De la infeliz, pues temblando  
Cayó sin sentido al suelo.

Como sin rumor ninguno  
Vuela ó se deshace un sueño,  
Desapareció el Monarca:  
Fué á su cámara en silencio,  
Tocó un silbato de oro,  
Que tuvo mágico efecto,  
Pues salió de los tapices  
Al silbido obedeciendo,  
Por una encubierta entrada  
Un humilde ballestero,

Cual espíritu maligno  
Que al conjuro está sujeto.  
Era el favorito oculto  
Del Rey; ambos un momento  
Hablaron, con tal sigilo,  
Que el labio apenas movieron.  
Sólo al irse el confidente,  
Se oyó decir al Rey esto:  
«Asegura bien el golpe,  
Y si has de vivir, secreto.»

Al sarao y á los salones  
Tornó Filipo muy presto:  
Aunque pálido el semblante,  
Tranquilo y tal vez risueño.  
Volvió á hablar al Conde-Duque,  
El cual como astuto y diestro,  
Que su Señor encubría  
Conoció cuidados nuevos.  
Al cabo de poco rato  
Anuncióse que en su lecho  
La Reina indispuesta estaba,  
Y se dió fin al festejo.  
Sucedió al bullicio alegre,  
Al son de los instrumentos  
Y á la confusión festiva,  
El más profundo silencio.  
Los cortesanos al punto  
Las actitudes y gestos  
Dejaron de la alegría,  
Y tomaron los del duelo,  
Y á vaciarse los salones



Comenzaron del inmenso  
Concurso que los llenaba  
De galas, vapor y estruendo.

Villamediana, confuso,  
De inquietud funesta lleno,  
Al retirarse saluda  
Al Monarca con respeto,  
Y éste con una sonrisa  
Lo deja aterrado y yerto;  
Mientras afable despide  
A los otros palaciegos.

De la desdichada Reina  
La favorita corriendo  
Sale por las antesalas,  
Busca al Conde sin aliento,  
Penetra la muchedumbre,  
Le hace señas desde lejos:  
Al fin le alcanza, va á hablarle,  
Un papel lleva encubierto;  
Cuando se para y se hiela,  
Al Rey de repente viendo:  
Tal queda liebre cobarde  
De la serpiente al aspecto.

El gran tropel que descende  
Las escaleras, violento  
Arrastra á Villamediana,  
Que va delirante y ciego.

Su carroza no parece...  
En la de Orgaz toma puesto,  
Y ambos Condes por las calles  
(Qué aun no estaban cual las vemos,

Alumbradas con faroles)  
Veloces van y en silencio.  
Grita en una encrucijada  
Una voz ¡Conde! el cochero  
Para al punto los caballos;  
Pregunta Orgaz desde dentro;  
«¿A cuál de los dos?» De fuera  
«Villamediana,» dijeron.

Villamediana al estribo,  
Juzgando que es mensajero  
De la Reina quien lo llama,  
Sacó la cabeza y pecho;  
Y al punto se lo traspasa  
Una daga de gran precio  
Con tal furor, que á la espalda  
Asomó el agudo hierro.

Cayó el herido en el coche  
Un mar de sangre vertiendo;  
Y de su amigo en los brazos  
Al instante quedó muerto.

---